

PROBLEMAS DEL MOVIMIENTO OBRERO
N.º 2

ROSA LUXEMBURGO

**TEXTOS SOBRE LA
CUESTION NACIONAL**

COMPILACION Y NOTAS
DE
MANUEL P. IZQUIERDO



EDICIONES DE LA TORRE

Libro Cícero/Política

INDICE

	<i>Págs.</i>
Rosa Luxemburgo	7
Nota bibliográfica	11
Prólogo	15
<i>Rosa Luxemburgo: Textos sobre la Cuestión Nacional ...</i>	<i>27</i>
— La Cuestión Polaca en el Congreso Internacional de Londres (1896)	29
— La acrobacia programática de los socialpatriotas (1902)	43
— Prefacio a «La Cuestión Polaca y al movimiento socialista» (1905)	63
— La Cuestión Nacional y la autonomía (1908)	97
— El espantajo de la «Invasión» (fragmento de «La Crisis de la Socialdemocracia, 1916)	161
— La Revolución Rusa (fragmento, 1918)	177
— Fragmento sobre la Guerra, la Cuestión Nacional y la Revolución (1918)	187
Notas de la presente edición	199

© EDICIONES DE LA TORRE, 1977

Augusto Figueroa, 17

Madrid-4

Portada: Equipo Hipo

ISBN: 84-85277-08-02

Depósito legal: M. 3.864-1977

Imprime: Imprenta FARESO

Paseo de la Dirección, 5

Madrid-29

LA CUESTION NACIONAL Y LA AUTONOMIA (1908)

I

1.—El derecho a la autodeterminación

Entre otras cuestiones, la revolución ha puesto a la orden del día en el imperio ruso la cuestión nacional. Hasta ahora, sólo en Austria-Hungría se había planteado vivamente. Hoy es el turno de Rusia, en donde el curso de los acontecimientos revolucionarios enfrenta a todas las clases y a todos los partidos políticos a la necesidad de encontrar una solución desde el punto de vista de la política práctica en el marco de las tareas inmediatas. Todos los partidos que están ya creados o en curso de formación en el imperio ruso—radicales, liberales o reaccionarios—se ven forzados a adoptar en su programa una u otra actitud frente a la cuestión nacional, cuestión íntimamente ligada al conjunto de la política exterior e interior del Estado. Para un partido obrero, esta cuestión le concierne no sólo en cuanto a su programa, sino que además está relacionada directamente con el problema de la organización de clase. En la cuestión nacional,

como en todas las demás cuestiones, la actitud del partido obrero debe distinguirse, en el plano de los métodos y de las concepciones, de la actitud que adoptaría el partido más radical de la burguesía y aun de las que podrían adoptar los partidos socialistas pequeñoburgueses.

La socialdemocracia, que funda toda su política en el método científico del materialismo dialéctico, no puede hacer una excepción de la cuestión nacional. Por otra parte, no hay otra manera de abordar la cuestión que no sea desde el punto de vista de los principios, a saber, el del socialismo científico, para asegurar a la socialdemocracia una solución y un tratamiento de *principio homogéneo*, a pesar de toda la variedad de formas que reviste esta cuestión, tal como ella se presenta en la diversidad social, histórica y étnica del imperio ruso.

En el programa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el punto nueve corresponde a esta fórmula, que consiste en aportar una solución general a la cuestión nacional bajo todas sus formas particulares. Está así redactado: el partido aspira a una república democrática, cuya constitución garantizará a *todas las nacionalidades que componen el Estado el derecho a la autodeterminación*.

Existen mientras tanto en el mismo programa otros dos puntos particularmente importantes concernientes al mismo problema. En primer lugar, el punto siete, que exige la abolición de los estados, una igualdad total de los ciudadanos sin distinción de sexo, *de confesión, de raza y de nacionalidad*; en seguida, el punto ocho, que proclama el derecho de la población del Estado a una enseñanza en la lengua nacional,

subvencionada enteramente por el Estado, y el principio de autonomía administrativa de las escuelas; se reconoce también el derecho al empleo de la lengua nacional en las reuniones, y al mismo título que la lengua del Estado, en las administraciones estatales y públicas. El punto tres del programa, que también tiene relación con la cuestión nacional, reivindica una amplia autonomía local y provincial para las regiones que se distinguen por unas condiciones de existencia y una población específicas. Parece que la igualdad cívica, el derecho a su propia lengua y aun la autonomía administrativa municipal y regional no serían suficientes para resolver la cuestión nacional, ya que los autores del programa han estimado indispensable introducir un párrafo particular que ofrece a cada una de las nacionalidades el «derecho a la autodeterminación».

Lo que nos sorprende de esta fórmula es el hecho que no tenga ningún vínculo con el socialismo o con la política proletaria. Ya nos parece, a primera vista, que el «derecho de las naciones a la autodeterminación» es una paráfrasis del viejo *slogan* del nacionalismo burgués de todos los países y de todos los tiempos: «el derecho de las naciones a la libertad y a la independencia». En Polonia, «el derecho natural de las naciones a la libertad» era la fórmula clásica de los nacionalistas, de la «Asociación democrática» a la *Pobudka* de Limanowski, y desde la *Pobudka* socialista nacional hasta la antisocialista Liga nacional, antes que abandonara el programa de la independencia. La misma resolución sobre el derecho de todas las naciones «a la libertad» ha sido el único resultado tangible del famoso congreso paneslavo de Praga, que

ha sido dispersado en 1848 por las bayonetas paneslavas del príncipe Windischgraetz ²⁶.

Por otra parte, a pesar de su nivel muy general y su carácter flexible, el principio del «derecho de las naciones a la autodeterminación», que evidentemente es válido no sólo para los pueblos de Rusia, sino también para las nacionalidades de Alemania y de Austria, de Suiza y de Suecia, de América y de Australia, no figura curiosamente en ninguno de los partidos socialdemócratas. Sobre todo, no figuran en el programa del partido socialdemócrata austríaco, cuya acción se efectúa en un Estado muy diversificado desde el punto de vista de las nacionalidades y para quien esta cuestión es primordial.

No es por medio de una fórmula metafísica, dejando a cada una de las nacionalidades el tiempo disponible para resolver la cuestión nacional según su propio punto de vista, sino mediante un plan determinado en el marco de una política de Estado, como el programa del partido austríaco arregla la cuestión. La socialdemocracia austríaca exige especialmente la supresión del sistema estatal actual de Austria, que no es más que un conjunto desordenado de «reinos y países de la Corona», constituido y remendado en el transcurso de la Edad Media por la política dinástica de los Ausburgos, donde cada reino reagrupa en un mismo territorio diferentes nacionalidades entremezcladas. El partido exige la división de esos reinos y países en territorios de carácter aproximadamente nacional para poder en seguida formar una asociación estatal. Como en el territorio ocupado por Austria, las nacionalidades están en cierta medida entreveradas, el programa de la socialdemocracia prevé, para

proteger las minorías nacionales de los territorios recientemente constituidos, un derecho especial; cada una es libre de tener su opinión en la apreciación del valor práctico de este plan. Karl Kautsky, uno de los más grandes especialistas de los problemas austríacos y uno de los padres espirituales de la socialdemocracia, demuestra de forma convincente en su último folleto, sobre *La nacionalidad y el internacionalismo*, que ese plan, aun en el caso de que fuera realizado, no estaría en condiciones de eliminar los litigios y las dificultades nacionales. De todas maneras, se trata, en este caso, de una tentativa de solución práctica de estas dificultades emprendida por un partido del proletariado, y en vista a la importancia de la cuestión nacional en Austria, los transcribimos por entero.

«Considerando que las querellas nacionales en Austria traban todo progreso político, frenan toda evolución cultural de los pueblos; que estas querellas son la consecuencia, en primer lugar, de nuestras instituciones políticas; que, en particular, la prolongación de las querellas nacionales constituye uno de los medios que aseguran su poder a las clases dominantes y bloquean toda manifestación, cualquiera que sea su potencia, de los verdaderos intereses populares; el Congreso declara:

El reglamento definitivo de la cuestión nacional y lingüística en Austria en el espíritu de la igualdad de derechos y de la razón es, ante todo, una reivindicación cultural, es decir, que forma parte de los intereses vitales del proletariado; esto sólo es posible en un régimen verdaderamente democrático, fundado en el sufragio universal igualitario y directo, donde los privilegios sociales en el Estado y en los Länder son

abolidos; sólo en este régimen las clases laboriosas, que constituyen en los hechos los pilares del Estado y la sociedad, pueden expresarse; cultivar y desarrollar la especificidad nacional de todos los pueblos de Austria no es posible más que sobre la base de la igualdad, evitando toda opresión; ésta es la razón por la cual es necesario combatir todo centralismo burocrático-estatal, así como todos los privilegios feudales en los Länder.

En estas condiciones, y solamente en éstas, será posible instituir en Austria, en lugar de las querellas nacionales, un orden nacional, especialmente por el reconocimiento de los principios claves siguientes:

1. Austria debe ser transformada en un Estado democrático federativo de nacionalidades.

2. En lugar de países históricos de la Corona deben constituirse corporaciones nacionales de autoadministración, cuya legislación y administración serán la obra de Cámaras nacionales elegidas en sufragio universal y directo.

3. Todos los territorios autoadministrados de una sola y misma nación forman juntos una unión homogénea que arregla de una manera perfectamente autónoma todos los asuntos nacionales.

4. La salvaguardia del derecho de las minorías nacionales es garantizada por una ley especial que deberá adoptar el Parlamento del Imperio.

5. No reconocemos ningún privilegio y rechazamos, en consecuencia, la reivindicación de una lengua estatal; en caso de que una lengua de comunicación se vuelva necesaria, el Parlamento del Imperio deberá pronunciarse.

El congreso del partido, en su calidad de órgano de la socialdemocracia internacional en Austria, expresa su convicción de que, sobre la base de estos principios generales, un acuerdo entre los pueblos es posible; declara solemnemente que reconoce el derecho de cada nacionalidad a la existencia nacional y al desenvolvimiento nacional; que, no obstante, los pueblos no pueden hacer progresar su cultura más que en una estrecha solidaridad y no por una querella mezquina entre ellos; que, en particular, la clase obrera de todas las lenguas, en el interés de cada nacionalidad como en el interés de todas, se mantiene internacionalmente unida en la lucha y debe conducir su lucha política y sindical en filas cerradas y unidas.»

En las filas del socialismo internacional, el partido obrero ruso es el único que ha inscrito en su programa la reivindicación del «derecho de las naciones a la autodeterminación». Además de la socialdemocracia rusa, los socialistas revolucionarios rusos lo han inscrito en su programa, en donde encaja perfectamente con el principio del federalismo estatal. El pasaje en cuestión en la declaración política del partido socialista revolucionario está redactado así: «Una aplicación lo más larga posible del principio federalista en las relaciones entre las diversas nacionalidades; un reconocimiento de su derecho ilimitado a la autodeterminación.»

Es cierto, la fórmula presenta todavía otro vínculo con el socialismo internacional: parafrasea la resolución adoptada en 1896 por el Congreso Obrero Socialista Internacional de Londres con respecto a la cuestión nacional. Sin embargo, su enunciado indica claramente que si se interpreta el párrafo nueve del

partido ruso como aplicando la resolución de Londres habría un malentendido.

La resolución de Londres no ha sido para nada el resultado de una intención o de un deseo de toma de posición del Congreso Internacional sobre la cuestión nacional en general, y mucho menos que haya sido adoptada en el Congreso por los partidos obreros de diferentes países en tanto que fórmula de *solución de hecho a esta cuestión*. Es exactamente lo contrario. La resolución de Londres ha sido adoptada después de una moción depositada en el Congreso por una fracción del movimiento socialpatriótico polaco, el Partido Socialista Polaco (P.P.S.); esta moción reclamaba que el restablecimiento de una Polonia independiente fuese reconocida como la tarea más urgente del socialismo internacional.

Como podemos constatar, la resolución de Londres plantea, por su contenido, el problema general de todos los países oprimidos; en lugar de dar la exclusividad a la cuestión polaca, la hace pasar del terreno nacional al plano internacional, y en lugar de un postulado determinado, concreto, de la política práctica, de la que la moción del P.P.S. era el vocero, el de la reconstrucción de la Polonia independiente, la resolución expresa un principio socialista general: la simpatía por el proletariado de todas las naciones oprimidas, acompañado del reconocimiento de su derecho a la autodeterminación. No cabe ninguna duda que el principio no ha sido formulado con la intención de aportar una solución práctica de la cuestión nacional por el movimiento obrero internacional. Por el contrario, la segunda parte de la resolución de Londres admite una indicación práctica: llama a los «obreros de esos

países» (que sufren la opresión nacional) a adherir a la socialdemocracia internacional y a actuar por la realización de sus principios y objetivos.

No hay equívocos sobre el hecho de que el principio formulado en la primera parte de la resolución sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación no puede entrar en vigor más que a través de la realización de los principios y objetivos del socialismo internacional y nunca antes que este objetivo final sea alcanzado.

Como podemos verlo, ninguno de los partidos socialistas ha comprendido la resolución de Londres como una solución práctica de la cuestión nacional, y ninguno de los partidos lo ha incluido en su programa. Este es el caso del partido socialdemócrata austriaco, cuya existencia depende de una clarificación de la cuestión nacional. En 1899 ha elaborado en forma autónoma su propio programa nacional, citado anteriormente.

Lo más digno de ser anotado en este sentido es la actitud del P.P.S.: a pesar de su tentativa de extender la interpretación del texto, como si la resolución de Londres había sido formulada «en el espíritu» del socialpatriotismo, era evidente que esta resolución disolvía la moción sobre el restablecimiento de Polonia en una fórmula general sin carácter práctico o aún significaba su rechazo puro y simple *. De hecho, los programas políticos de los partidos obreros modernos

* Sólo el P. P. S. de la región ocupada por Prusia ha considerado conveniente incorporar la resolución de Londres a su programa con motivo de los conflictos que le han enfrentado con la socialdemocracia alemana. Después de haberse adherido de nuevo al partido alemán, el P. P. S. ha adoptado el programa de Erfurt sin críticas.

no tienen por objetivo la propagación de principios abstractos del ideal socialista, sino la formulación de reformas prácticas, sociales y políticas necesarias al proletariado consciente, quien exige su realización en el marco de la sociedad burguesa para facilitar su lucha de clase y su victoria final.

Los postulados de un programa político son redactados con el objetivo preciso de proponer una solución aplicable directamente, realista y práctica, en el marco del régimen burgués, para resolver los problemas urgentes de la vida social y política que forman parte de la lucha de clase del proletariado: estos postulados deben servir de guía en la práctica política cotidiana, impulsar y orientar en la buena dirección la acción política del partido obrero, a fin de delimitar la política revolucionaria del proletariado en relación a la de los partidos burgueses y pequeñoburgueses.

La expresión «el derecho de las naciones a disponer de sí mismas» no satisface para nada esta exigencia. No suministra ninguna indicación práctica para la práctica política cotidiana del proletariado, ninguna proposición práctica de la solución a la cuestión nacional. En lugar de mostrar concretamente al proletariado de Rusia el medio de exigir el arreglo a la cuestión nacional polaca, de la cuestión finlandesa, de la cuestión del Cáucaso, de la cuestión judía, etc., se contenta únicamente con acordar a todas las «naciones» interesadas una autorización ilimitada de arreglar sus asuntos nacionales, según su parecer. La única conclusión práctica que se puede extraer de esta expresión para la práctica cotidiana de la clase obrera es la de considerar como el deber de todo el mundo de combatir toda manifestación de opresión nacional.

Si se reconoce el principio del «derecho de cada nación a la autodeterminación», uno debe lógicamente condenar toda tentativa de una nación por determinar la suerte de otra, toda tentativa de una nación por imponer a otra por la fuerza tal o cual forma de existencia nacional.

No obstante, el deber de protestar contra la opresión nacional y de combatirla, que corresponde al partido de clase del proletariado, no encuentra su fundamento en algún «derecho de las naciones» particular, no más que la reivindicación de la igualdad política y social de los sexos no encuentra el suyo en algún «derecho de la mujer» al que hace referencia el movimiento burgués de emancipación de las mujeres. Estos deberes no pueden deducirse más que de una oposición generalizada al sistema de clases, a todas las formas de desigualdad social y a todo poder de dominación. En una palabra, ellos se deducen del principio fundamental del socialismo.

Una vez dicho esto podemos afirmar que la incidencia de esta indicación sobre la política práctica es negativa. El deber de combatir todas las manifestaciones de la opresión nacional de ningún modo es suficiente para explicar las relaciones y las formas políticas a las que debe aspirar el proletariado consciente de Rusia en la hora actual, a fin de resolver las cuestiones nacionales, polaca, lituana, judía, etc.; el programa que debe oponer en la lucha de clases y de partidos de hoy a los diversos programas burgueses, nacionalistas y pseudosocialistas.

En breve, la fórmula del «derecho de las naciones a la autodeterminación» no es, en el fondo, una direc-

tiva política y programática para abordar la cuestión nacional, sino solamente una forma de *esquivar el problema*.

2.—Imperialismo y cuestión nacional

Cuando Kautsky considera la cuestión (del Estado nacional en su obra *Nationalität und Internationalität*, 1908) desde un punto de vista distinto al de Marx, subraya esencialmente el aspecto cultural y pacífico del desarrollo, mientras que Marx pone el acento en el aspecto político, con el arma exterior de la conquista. Pero ninguno de los dos describen el destino de las nacionalidades a lo largo de la historia según su voluntad de separarse o de lograr la independencia. Al contrario, Kautsky muestra directamente—por primera vez, que nosotros sepamos, en los escritos socialistas actuales—la tendencia histórica a eliminar las diferencias nacionales en el sistema socialista y a fundir la humanidad civilizada en una nación. Naturalmente, este mismo teórico constata que el desarrollo capitalista provoca al mismo tiempo fenómenos que aparentemente son contradictorios con esta tendencia, es decir, el despertar y el reforzamiento de la conciencia nacional, así como la aspiración a un Estado nacional como «forma de Estado que mejor corresponde a las condiciones modernas y en la que mejor *puede* realizar sus tareas».

Pero ese Estado nacional «más adecuado» no es más que una abstracción que puede desarrollarse y defenderse fácilmente en el plano teórico, pero que no corresponde a la realidad. El desarrollo histórico,

que lleva a la comunidad civilizada y que engloba a todos los hombres, se produce, como el conjunto del desarrollo social, a través de contradicciones. Y la contradicción que afecta a la tendencia unificadora de la civilización internacional no está donde la busca Kautsky, en la tendencia al ideal del «Estado nacional», sino más bien en donde la ve Marx: en la lucha a muerte entre las naciones, en la tendencia a construir grandes Estados capitalistas en el exterior de los grandes dominios de la civilización y contra ellos.

El desarrollo hacia el *Gran Estado* que caracteriza la época moderna y que gana en importancia con el progreso del capitalismo, condena de entrada al conjunto de mini y micronacionalidades a la debilidad política. Al lado de algunas naciones muy potentes, que son los auténticos gerentes del desarrollo capitalista porque disponen de los medios materiales e intelectuales indispensables para preservar su independencia económica y política, la «autodeterminación», la existencia autónoma de las mini y micronaciones, es cada vez más ilusoria. Este retorno a la existencia autónoma de todas o, al menos, de la gran mayoría de las naciones actualmente oprimidas sólo sería posible si la existencia de pequeños Estados tuviera posibilidades y perspectivas de futuro en la época capitalista. Por ahora son tan necesarias las condiciones económicas y políticas propias de un gran Estado en la lucha por la existencia de las naciones capitalistas, que incluso los pequeños Estados políticamente independientes, formalmente iguales en derechos, que existen en Europa, sólo desempeñan un papel simbólico y la mayor parte de las veces son títeres de otros Estados. ¿Puede hablarse seriamente de «autodeter-

minación» para los montenegrinos, los búlgaros, los rumanos, los servios o los griegos, formalmente independientes, o incluso en cierta forma para los suizos, cuya independencia es el producto de luchas políticas y del juego diplomático en el «concierto europeo»? Desde este punto de vista, la idea de asegurar a todas las «naciones» la posibilidad de autodeterminarse recuerda, como mínimo, la perspectiva de abandonar el desarrollo del gran capitalismo para volver a los pequeños Estados de la Edad Media, anteriores a los siglos XV y XVI.

Desde otro ángulo, el segundo aspecto fundamental de la evolución reciente, que hace utópica esta consigna, es el *imperialismo* capitalista. El ejemplo de Inglaterra y de Holanda demuestra que un país capitalista puede saltarse, en ciertas condiciones, la etapa del «Estado nacional» y construir un Estado colonial desde la época de la manufactura. Todos los grandes Estados capitalistas han seguido en los siglos XVIII y XIX el ejemplo de Inglaterra y de Holanda, que habían empezado a conquistar colonias desde principios del siglo XVIII. El resultado de esta tendencia es la liquidación permanente de la independencia de un número cada vez mayor de países, de pueblos y de continentes enteros.

Este desarrollo del comercio mundial en la época del capitalismo comporta la decadencia inevitable, aunque lenta en algunos casos, de todas las sociedades primitivas, destruye su manera históricamente constituida de «autodeterminarse» y las hace dependientes del desarrollo capitalista y de la política universal de destrucción. Sólo una miopía completamente formalista puede pretender que, por ejemplo, la

nación china—considerando la población de este Estado como una nación o como varias naciones—«decida» actualmente «su propio destino». La anexión directa o la dependencia política de los países coloniales a diferentes niveles y de distintas formas es un efecto inevitable del comercio mundial. Y si bien la socialdemocracia combate con todas sus fuerzas la política colonial en sus fundamentos y en todos sus síntomas, y se esfuerza incansablemente por impedir que continúe progresando, también se da cuenta de que esta evolución, así como el desarrollo de la política colonial, tienen sus raíces en los fundamentos de la producción capitalista y son una secuela inevitable de los progresos del capitalismo, y que sólo «apóstoles burgueses de la paz» pueden creer que los Estados actuales abandonarán esta vía. Teniendo en cuenta esta evolución y la necesidad que tienen los grandes Estados capitalistas de la lucha por la existencia en el mercado internacional, de la política universal y de las posesiones coloniales, «lo más adecuado para realizar sus funciones en las condiciones actuales», es decir, lo que mejor corresponde a las necesidades de la explotación capitalista, no es el «Estado nacional» —como supone Kautsky—, sino el Estado imperialista. Y si se comparan los diferentes grados de aproximación a ese pretendido ideal, los que más se acercan a él no son, por ejemplo, el Estado francés, que, al menos en su parte europea, es casi nacionalmente unitario, ni aún menos el Estado español, que de imperialista que era, se ha transformado casi por completo en un «Estado nacional» después de deshacerse de sus colonias, sino esos Estados que se apoyan en la opresión nacional, tanto en Europa como en el mun-

do entero: el Estado inglés, el Estado alemán o los Estados Unidos de América del Norte, que albergan en su seno la vergonzosa opresión de los negros y conquistan pueblos asiáticos. El pequeño cuadro que reproducimos (ver nota 26 bis) muestra las cifras con las que se refleja la tendencia imperialista en el mapa de las conquistas nacionales. Las cifras indican la población de las colonias oprimidas por los Estados que encabezan cada columna.

A estas ya inmensas cifras, que totalizan unos 500.000.000 de hombres, deberían añadirse las de los países que no figuran oficialmente como colonias, pero que de hecho son totalmente dependientes de Estados europeos, y las de las innumerables nacionalidades y grupos étnicos, para hacerse una idea más real de los efectos del imperialismo capitalista sobre el destino de las naciones y para apreciar la posibilidad que tienen éstas de «autodeterminarse».

Lógicamente, la historia de la expansión colonial del capitalismo pone de relieve la tendencia un poco contradictoria de las colonias a conquistar su independencia, primero en el plano económico y después en el plano político. Buenas muestras de ello son la separación de América del Norte de Inglaterra a finales del siglo XVIII, la de América del Sur de España y Portugal en los años veinte y treinta del siglo pasado y los esfuerzos, finalmente coronados por el éxito, por parte de los Estados australianos por conquistar su autonomía con respecto a Inglaterra. Sin embargo, un examen más atento de estos fenómenos nos lleva a constatar las diferencias de la situación en que se produjeron. Tanto la América del Norte como la del Sur fueron víctimas hasta el siglo XIX

de un sistema todavía primitivo de política colonial, que se basaba más en el saqueo del país y de sus recursos naturales, en beneficio de la riqueza nacional de los países europeos, que en una explotación racional en beneficio de la producción capitalista. Se trataba de continentes enteros con todos los elementos necesarios para impulsar un desarrollo capitalista autónomo, que tuvo que abrirse camino rompiendo los ya debilitados vínculos de la dependencia política. Mientras que en la América del Norte dependiente de Inglaterra, la presión capitalista fue más eficaz, la América del Sur, que hasta entonces había sido esencialmente agraria, encontró mucha menos resistencia por parte de las económicamente retrasadas España y Portugal. Naturalmente, esta abundancia de recursos naturales no se da en todas las colonias. Por otra parte, el sistema moderno de colonización crea una dependencia mucho menos superficial que la anterior. Y, sobre todo, la independencia conquistada por las colonias americanas no ha suprimido la dependencia nacional en su seno, sino que simplemente la ha desplazado a otras nacionalidades, se ha limitado a cambiar de agente. En los Estados Unidos no se ha emancipado un pueblo extranjero con respecto a Inglaterra, sino los mismos emigrantes ingleses que habían ocupado el país encima de los cadáveres y la destruida civilización de los indios—lo mismo ocurre, por otra parte, en las colonias australianas de Inglaterra, donde los ingleses representan el 90 por 100 de la población—, y actualmente los Estados Unidos son uno de los centros más potentes de la opresión imperialista.

Lo mismo ocurre en Brasil, en Argentina y en otras antiguas colonias, en las que los emigrantes—español-

les y portugueses—constituyen el elemento predominante, y han conquistado su independencia con respecto a los Estados europeos con el objetivo primordial de realizar por sí mismos la trata de negros, explotarlos en las plantaciones y ampliar las conquistas a las colonias vecinas más débiles. Probablemente, la situación es muy parecida en la India, donde en estos últimos tiempos parece despertar un movimiento «nacional» bastante serio contra Inglaterra.

El simple hecho de que en la India existe un enorme número de nacionalidades, que se encuentran en diferentes estadios del desarrollo social y cultural y en mutua dependencia, debe prevenirnos contra un juicio precipitado en nombre del gran criterio de los «derechos de los pueblos».

Esas excepciones, más aparentes que reales cuando se efectúa un análisis atento, refuerzan, pues, la conclusión de que el desarrollo capitalista moderno es poco compatible con las aspiraciones a la independencia de todas las nacionalidades.

Naturalmente, el problema es mucho más sencillo si se separa la cuestión de las anexiones coloniales de la cuestión de las nacionalidades en general. Esa es precisamente la actitud que adoptan con frecuencia, conscientemente, los defensores de los «derechos de los pueblos» y que corresponden también a su concepción de la política colonial, como, por ejemplo, la de Eduard David en la socialdemocracia alemana o la de Van Kol en la socialdemocracia holandesa, que consideran las anexiones coloniales en general como la expresión de la misión civilizadora de los pueblos europeos y como algo indispensable incluso en un sistema socialista. Esta concepción puede conside-

rarse como una aplicación «europea» del principio filosófico de Fichte en su conocida glosa de Ludwig Börne: «Yo soy yo, y todo lo que está fuera de mí son artículos de consumo.»

Si sólo se reconocen como naciones verdaderas los pueblos europeos y se considera, en cambio, a los pueblos coloniales como «artículos de consumo», se puede hablar de «Estados nacionales» en Europa, considerar como tales a Francia, Dinamarca o Italia y reducir el problema de las nacionalidades a las complicaciones internas de Europa. Pero entonces el «derecho de las naciones a la autodeterminación» se convierte en una teoría de las razas dominantes y desvela su verdadero origen: la ideología del liberalismo burgués y su cretinismo «europeo». Tal como lo entienden los socialistas, este derecho debe tener, por su misma naturaleza, un carácter universal, y el solo hecho de reconocerlo así basta para poner de manifiesto que la esperanza de realizar ese «derecho» en el sistema existente es una utopía en contradicción directa con la tendencia del desarrollo capitalista, sobre cuya base se ha constituido la socialdemocracia. Volver al objetivo de dividir todos los Estados existentes en unidades nacionales y limitarlas mutuamente según el modelo de los Estados y los pequeños Estados nacionales es una tentativa desesperada y, desde un punto de vista histórico, reaccionaria.

La fórmula del «derecho de las naciones» no justifica la actitud de los socialistas ante la cuestión de las nacionalidades, no sólo porque no tiene en cuenta las distintas condiciones históricas (de espacio y tiempo) ni la dirección general del desarrollo de las condiciones universales, sino también porque ignora totalmen-

te la teoría fundamental del socialismo moderno: la teoría de la sociedad de clases.

Cuando se habla del «derecho de las naciones a la autodeterminación», se usa el concepto de nación como un todo, como una unidad social y política homogénea. Pero ese concepto de «nación» es precisamente una de las categorías de la ideología burguesa que la teoría marxista ha sometido a una revisión radical, demostrando que detrás del velo misterioso de los conceptos de «libertad burguesa», «igualdad ante la ley», etc., se oculta siempre un contenido histórico concreto.

En la sociedad de clases no existe la nación como entidad sociopolítica homogénea, sino que en cada nación hay clases con intereses y «derechos» antagónicos.

No existe absolutamente ningún terreno social, desde el de las condiciones materiales más primarias hasta las más sutiles condiciones morales, en el que las clases poseedoras y el proletariado consciente adopten la misma actitud y aparezcan como un «pueblo» indiferenciado. En el terreno de las condiciones económicas, las clases burguesas defienden los intereses de la explotación, y el proletariado, los del trabajo. En el terreno de las condiciones jurídicas, la propiedad privada es la piedra angular de la sociedad burguesa; los intereses del proletariado exigen que los que no tienen nada sean emancipados de la dominación de la propiedad. En el terreno de la administración de justicia, la sociedad burguesa representa la «justicia de clase», la justicia de los aposentados y los gobernantes; el proletariado defiende la huma-

nidad y el principio que consiste en tener en cuenta las influencias sociales en el individuo.

En las relaciones internacionales, la burguesía lleva a cabo una política de guerra y de anexiones, es decir, en la fase actual del sistema, una política aduanera restrictiva y de guerra comercial; el proletariado, en cambio, una política de paz generalizada y de libertad de intercambios. En el terreno de la sociología y de la filosofía, las escuelas burguesas y la escuela que representa el proletariado están en abierta contradicción. El idealismo, la metafísica, el misticismo y el eclecticismo son los rasgos representativos de las clases poseedoras y de su concepción del mundo, mientras que el proletariado moderno tiene su propia escuela, la del materialismo dialéctico. Incluso en el terreno de las supuestas relaciones humanas, de la ética, de las opiniones sobre arte, educación, etc., los intereses, la visión del mundo y los ideales de la burguesía, por un lado, y los del proletariado consciente, por otro, constituyen dos campos separados entre sí por un profundo abismo. En aquellos aspectos en que las aspiraciones formales y los intereses del proletariado y de la burguesía en su conjunto, o de su sector progresista, parecen idénticos o comunes, como, por ejemplo, en las aspiraciones democráticas, la identidad de formas y consignas encubre una ruptura total de contenido y de política práctica.

En una sociedad de este tipo no puede existir una voluntad colectiva y unitaria, no puede haber autodeterminación de la «nación». Cuando en la historia de las sociedades modernas se han desarrollado luchas y movimientos «nacionales», se ha tratado, en general, de movimientos de clase de la capa burguesa di-

rigente, que, en el mejor de los casos, puede representar hasta cierto punto los intereses de otras capas populares en la medida en que defienda, como «intereses nacionales», formas progresistas del desarrollo histórico, en los que la clase trabajadora aún no se haya separado de la masa del «pueblo» dirigido por la burguesía para constituirse en una clase políticamente consicente e independiente. En este sentido, la burguesía francesa tenía derecho a hablar, durante la Gran Revolución, como tercer estado en nombre del «pueblo francés», e incluso la burguesía alemana podía considerarse hasta cierto punto en 1848 como el representante del «pueblo» alemán, aunque el *Manifiesto Comunista* y, en parte, la *Neue Rheinische Zeitung* fueran ya en Alemania signos precursores de una política de clase propia del proletariado. En ambos casos esto significaba que la causa revolucionaria de la clase burguesa, en el estadio del desarrollo social en que se encontraba, coincidía con la de todo el pueblo, porque éste constituía con la burguesía una masa indiferenciada opuesta al feudalismo dominante.

Todos estos hechos son suficientes para demostrar que el «derecho de las naciones» no puede ser el determinante, desde el punto de vista de un partido socialista, de la cuestión nacional. La misma existencia de ese partido es la prueba de que la burguesía *ha dejado* de ser el representante de todo el pueblo, de que la clase proletaria ya no se cubre con el manto protector de la burguesía, sino que se ha separado de ella para convertirse en una clase independiente con sus propios objetivos sociales y políticos. Siendo la concepción de «pueblo», de «derechos» y de «voluntad popular» como un todo homogéneo, una reliquia

de la época del antagonismo latente e inconsciente entre proletariado y burguesía—tal como hemos demostrado—, sería una contradicción flagrante que el proletariado consciente y organizado independientemente se sirviera de ellas; una contradicción no en el terreno de la lógica escolástica, sino una contradicción *histórica*.

En la cuestión de las nacionalidades en la sociedad actual, un partido socialista debe tener en cuenta antes que nada el antagonismo entre las clases. La cuestión checa de las nacionalidades tiene un aspecto diferente para la pequeña burguesía joven checa que para el proletariado checo, y no puede encontrarse una solución de la cuestión nacional polaca que sea a la vez satisfactoria para el señor Koscielski y para su siervo Miroslaw, para la burguesía de Varsovia y de Lodz y para los obreros polacos conscientes. La cuestión judía también se refleja de manera muy distinta en el espíritu de la burguesía judía y en la conciencia del proletariado revolucionario judío. Para la socialdemocracia, la cuestión de las nacionalidades es, ante todo, como todas las demás cuestiones sociales y políticas, *una cuestión de intereses de clase*.

II

El Estado y el proletariado

1

No basta decir que debemos resolver la cuestión nacional de acuerdo con los intereses del proletaria-

do. En nuestros días, la influencia del socialismo científico se manifiesta en todos los partidos socialistas y obreros, que sin excepción toman el método de pensamiento marxista o, al menos, su vocabulario. En el programa del partido social-revolucionario ruso (si existe uno) se distingue tanto elementos extraídos de Marx como de *Narodnaja Volja*. Otros grupos pequeño-burgueses y nacionalistas preservan sus quimeras políticas usando el rótulo del «interés del proletariado». El socialpatriotismo polaco, que está hoy en declive, contrariamente al nacionalpatriotismo ingenuo de antaño—y no es extraño que el bravo patriarca Limanowski jamás haya nombrado a Marx a propósito del tema—, se justifica igualmente en base a los «intereses del proletariado».

Insertar espontáneamente un postulado en el programa de un partido socialista no significa que esté de acuerdo con los intereses de la clase obrera; por el contrario, puede estar fundado en una ilusión. Sería fácil probar que el interés de la clase obrera exige que se imponga por ley el *salario mínimo*, que garantizaría un nivel mínimo de vida y defendería a los obreros ante la concurrencia de una mano de obra más barata venida de regiones atrasadas. Los socialistas ya han formulado en varias ocasiones esta proposición, que de todos modos no ha sido aceptada por el conjunto de los partidos socialistas. Exigir una normalización general de los salarios, dada la anarquía económica del capitalismo actual, hubiera sido una utopía. Los salarios y el nivel de vida dependen enteramente de la libre concurrencia y del movimiento espontáneo de los capitales. La legislación de los salarios parece posible solamente en condiciones muy

particulares, como, por ejemplo, bajo la forma de un acuerdo entre una comuna y los obreros que ella emplea. Por ello, en tanto imponer la ley del salario mínimo contradice el desarrollo capitalista, debemos considerar ilusorio este postulado, aunque *a priori* plenamente justificado.

Se puede imaginar otros «intereses de la clase obrera», que en un programa socialista no serían sino charlatanería. Después de la bancarrota de los partidos burgueses, nuevas fuerzas sociales—la *intelligentsia* y la pequeña burguesía, que buscan refugio en el movimiento obrero—tienden a imponer a éste sus deseos irrealizables. Si los partidos socialistas no hubieran tenido la posibilidad de verificar *objetivamente* lo que corresponde en realidad a las necesidades de la clase obrera y se hubieran limitado a imaginar lo «bueno» y lo «útil», su programa hubiera resultado un conjunto de utopías.

Para elaborar y poner en práctica sus planes inmediatos e incluso sus fines más lejanos, la socialdemocracia se apoya en el análisis histórico del capitalismo y examina científicamente las condiciones del desarrollo de la sociedad moderna. Es el único medio de tratar y de resolver la cuestión nacional, conforme con las ideas socialistas.

Comencemos por la idea del *Estado moderno*. Ante todo, es necesario descubrir su contenido histórico.

Kautsky estudia la cuestión nacional como una categoría histórica. La *idea nacional* está estrechamente ligada a una época determinada—a la del progreso moderno—. Las necesidades del mercado, las corrientes democráticas, la educación popular, éstos son los fenómenos capitales de la sociedad contemporánea.

Evidentemente, no hablamos de nacionalidad como grupo etnográfico y cultural distinto; esta noción no es propia de la época burguesa, ya que las diferencias entre las naciones existían desde siempre. Pero es en la época burguesa que los movimientos nacionales tienden a crear un estado nacional que determine toda la vida política. Tomemos, por ejemplo, la historia de la unificación de Alemania. El futuro *Reich* debía ser edificado a partir del *Zollverein*²⁷ y del *Zollparlament*, cuyo portavoz, Friedrich List, con su teoría de la «economía nacional» primaria, fue el verdadero mesías de la unidad alemana, más que el idealista Fichte, conocido, en parte, como el apóstol del renacimiento germánico. A pesar de la admiración de Fichte por la Gran Revolución, «el movimiento nacional», que reunía en torno a sus *slogans* pseudo-revolucionarios a «los príncipes y los pueblos», no era sino una reacción del feudalismo contra los gérmenes del progreso diseminados en Alemania por Napoleón, y una reacción contra los primeros elementos de un régimen burgués moderno. Este soplo romántico desaparece con el retorno de Alemania a la dispersión feudal y a la reacción anterior a marzo. En cambio, List, agente de la industria alemana, establece su evangelio del «renacimiento nacional» sobre el crecimiento de la producción capitalista y el desarrollo del mercado «interno». El movimiento patriótico alemán de los años treinta y cuarenta, que provoca un gran desarrollo del pensamiento político y la ciencia, de la filosofía y las letras, tenía como finalidad reunir todos los pequeños estados feudales, separados por barreras aduaneras y fiscales, en una sola «patria» que favoreciera el crecimiento de la gran industria.

La unificación industrial y la unificación política de Alemania son inseparables. Así, la historia de la Unión Aduanera refleja todos los cambios políticos sucedidos durante el pasaje de la Alemania dividida al *Reich* moderno. La Unión Aduanera, que desde sus comienzos en 1834 había reunido alrededor de Prusia diecisiete países feudales, congregó rápidamente otros. Posteriormente, Austria, país extranjero, fue brutalmente excluida. Finalmente, la guerra de Schleswig-Holstein reforzó aún más la importancia de Prusia. En 1867, en tanto ya existía la Unión de los Estados, la renovación de su contrato aduanero resultaba inútil. Después de la guerra franco-alemana, la Confederación Alemana del Norte cedió, a su vez, todos los derechos y privilegios aduaneros al nuevo *Reich*. El *Zollbundesrat* y el *Zollparlament* fueron disueltos y reemplazados por el *Bundesrat* y el *Reichstag*. Se percibe así claramente cómo el desarrollo de la economía capitalista exige el nacimiento del Estado moderno.

La avidez de los capitalistas no se reduce a su voluntad de crear un mercado interno; en realidad aspirarían a conquistar el mundo entero. Sin embargo, la idea nacional de la burguesía se apoya en la certeza de que son, ante todo, «su nación» y «su patria» quienes deben procurar un mercado para sus productos. Esto concierne a los países capitalistas, como Alemania e Italia, donde el crecimiento económico se continúa «normalmente», sin sobresaltos, es decir, donde la producción destinada al mercado interno precede a aquella destinada a la exportación.

No se debe tomar literalmente los escritos de Kautsky. La necesidad de la burguesía de controlar el mercado interno no es el único fundamento mate-

rial de los movimientos nacionales. Existen otros factores: el militarismo, que garantiza la soberanía del país al mismo tiempo que ayuda a abrir un pasaje hacia el mercado mundial; el proteccionismo aduanero; una jurisprudencia; una educación, y nuevos medios de comunicación. El capitalismo necesita asegurar las condiciones económicas de su crecimiento y establecer íntegramente el aparato de un estado moderno. La burguesía, para expandirse, necesita tanto desarrollar sus medios de producción, como reforzar su poder de clase.

Así, el Estado *independiente* constituye la forma de gobierno, históricamente indispensable, que permite a la burguesía pasar de la defensiva a la ofensiva, de la lucha por la centralización a la política imperialista. Basta considerar el caso de los «Estados nacionales» que hoy ocupan sus países vecinos y las colonias.

Paradójicamente, la burguesía puede conducir al mismo tiempo un movimiento de unificación y defensa nacional y oprimir otras naciones. Durante la revolución de 1848, en medio de las efusiones del patriotismo alemán, Carlos Marx fue el único que defendió sinceramente la independencia de Polonia. Como siempre, predicó en el desierto. Ya desde su nacimiento, el Estado alemán era una parodia de nacionalidad; dividió a los alemanes al establecer la frontera que separaba al Reich de Austria; reunió y sometió a la misma administración a polacos, daneses y franceses.

El ejemplo de Hungría es más sorprendente aún. El mundo entero había admirado antiguamente la lucha por la independencia conducida por los ex jefes de la insurrección polaca: Bem, Wysooki, Dembowski —la que en realidad terminaría con la toma del po-

der por los magiares, minoría en un país de nueve grupos nacionales—. La independencia de Hungría tuvo como base la separación de varias nacionalidades: los eslovacos cárpata de sus hermanos checos, los alemanes de Presbourg, Tremešver y Transilvania de los alemanes austríacos y los dálmatas de los croatas y eslovenos *.

El movimiento nacional checo, que encubría los mismos conflictos internos, provocó la desconfianza alemana. Aspiraba a separar los alemanes de los sudetes de la Alemania alpina, para que los alemanes reunidos bajo la corona de Vaclav dependieran íntegramente de los checos. Esto no es todo. La emancipación de un estado checo hubiera provocado una eliminación, de la que los mismos checos hubieran sido víctimas; su programa nacional se proponía reunir cinco millones y medio de checos, tres millones de alemanes y medio millón de polacos. En cambio, serían excluidos y abandonados a los magiares dos millones de eslovacos cárpata emparentados con los checos, a quienes, por otra parte, se quejaban abiertamente del abandono al que los habían relegado **.

Sin ir más lejos, el nacionalismo burgués polaco se alzó contra los rutenos y los lituanos. Polonia, ella misma como nación, víctima de la política de exter-

* Estos son los datos aproximados de la estructura nacional de Hungría en esa época: húngaros, 5.000.000; rumanos, 2.300.000; eslovacos, 1.670.000; alemanes, 1.500.000; croatas, 900.000; serbios, 83.000; rutenos, 443.000.

** En el Congreso de los periodistas eslavos de junio de 1898, Karol Salwa, el delegado eslovaco de Liptawa, acusó a los checos: «Para que nuestra amistad sea recíproca, también debe serlo nuestro esfuerzo. Conozco perfectamente la razón de nuestro abandono; los eslovacos, para la mayoría de los checos, son una nación extranjera.»

minación de Prusia y de Rusia, rechazó el derecho a la independencia de las otras naciones. Según la vieja teoría de Stanczyk *, los rutenos no constituían una nacionalidad, sino un «material etnográfico». A fines del siglo XIX, los reaccionarios galitzianos usaron todas sus «libertades autonómicas» para combatir las ambiciones nacionales rutenas. Hoy mismo, la idea del «renacimiento lituano» es aún mal vista por los nacionalistas polacos **.

2

Se comprende ahora el carácter equívoco del patriotismo burgués que se establece a partir de conflictos entre las naciones. Recapitulemos: el origen

* Grupo de funcionarios, de periodistas, etc., de Cracovia, conocido por su servilismo pro-austríaco.

** En 1906, cuando la Iglesia católica de Lituania restableció la lengua lituana, el editorialista del diario polaco *Kurier Wilenski* (El Correo de Wilno) protestaba: «Cuántas veces hemos denunciado las calumnias lituanas, cuántas veces hemos probado lo absurdo del resentimiento de los lituanos contra los polacos, a quienes hacen responsables de aquello que la historia les ha negado. No son los polacos los que deben ser acusados de su voluntad de polonización, sino los lituanos de su voluntad de lituanización. Si los lituanos rechazan la perspectiva de nuestra vecindad, posible mediante concesiones mutuas y con una cooperación pacífica; si tratan eternamente de perjudicarnos, ¡que sepan que son ellos quienes pagarán el precio!» El hecho de recurrir al argumento del «desarrollo histórico» que ha concedido a Polonia el privilegio de su superioridad sobre Lituania, esta acusación de chauvinismo hecha contra una población que luchaba por su independencia, recuerdan extrañamente el lenguaje de los «hakatistas» alemanes, defensores furiosos de la «germanidad», y a las invectivas del conde Stanislaw Tarnowski destinadas a ridiculizar los «malvados ataques rutenos» contra los polacos.

de todos los movimientos nacionales reside en un esfuerzo de la burguesía para imponer su poder de clase. De allí que el Estado capitalista resulte la forma de gobierno históricamente indispensable que permite a la burguesía de una nacionalidad dominar una población compuesta de distintas nacionalidades. Las instituciones democráticas y la educación popular—los elementos ideológicos (según Kautsky) del movimiento nacional moderno—son objetivos secundarios de la burguesía, viables sólo dentro de los límites fijados por los intereses del desarrollo capitalista. Los movimientos nacionales burgueses se centran en los principios de la independencia nacional y de la *unificación del Estado* *.

La actitud del proletariado con respecto a la cuestión nacional es totalmente distinta.

El proletariado contemporáneo es fruto de la economía capitalista y del Estado burgués (nacional o no); se distingue como clase social distinta en forma sucesiva y proporcional al desarrollo de los medios de producción. La burguesía, ya existente como clase social en el sistema feudal, construye su Estado moderno sobre las ruinas del feudalismo para convertirse en la clase dirigente y lograr el triunfo del capitalismo.

El crecimiento capitalista, a su vez, favorece la formación política de los obreros. Pero «históricamente hablando», la idea de que el proletariado consciente

* Esta es la razón por la que los teóricos del derecho burgués consideran el postulado del «estado nacional» como un atributo de la idea nacional. M. Bluntschli y compañía, ideólogos de su clase, tratan de demostrar con sus definiciones abstractas el fenómeno histórico de la toma del poder por la burguesía.

de sí mismo pueda crear un Estado moderno es tan absurda como la de proponer a la burguesía una nueva instauración del feudalismo. De todos modos, el proletariado, masa popular, puede participar en movimientos nacionales burgueses cuando el progreso exige el establecimiento de un Estado nacional, como en Alemania. La clase obrera, en lugar de actuar independientemente, sigue entonces el programa político burgués. Esto no impide que los objetivos de la socialdemocracia alemana en los años cuarenta—la unificación estrictamente nacional y el republicanismo—sean extraños al movimiento nacional burgués.

Si bien el proletariado, producto del capitalismo, no puede ignorar las condiciones de su propio crecimiento, los objetivos esenciales de la clase obrera, a propósito de la cuestión nacional, no son los mismos que los de la burguesía. Esta crea el Estado nacional únicamente para garantizar a su industria el mercado nacional y, en consecuencia, abrirle mercados exteriores mediante el proteccionismo aduanero y conquistas imperialistas.

La socialdemocracia, que debe su aparición a fuerzas revolucionarias actuantes en el interior del sistema capitalista, no se propone la protección de la industria y el comercio; combate el proteccionismo aduanero, el militarismo y el colonialismo como cualquier otro elemento de Estado burgués (administración, jurisprudencia, educación) *.

* «La socialdemocracia, dice Kautsky, es un partido que pretende un desarrollo social más allá del catolicismo. La evolución no impide la revolución, que no es sino un episodio evolutivo. La revolución abolirá las clases, dará al proletariado los medios de producción. Ello supone ciertas condiciones económicas y políticas, es decir, la expansión del capitalismo; el proletariado

La política nacional del proletariado—contrariamente a la política nacional de la burguesía—, que es estrictamente defensiva, se apoya en el acuerdo y la identidad de los intereses de todos los pueblos. El proletariado de cada país, consciente de sí, debe asegurar las buenas condiciones de su desarrollo económico y cultural, sin que ello suponga la necesidad de sojuzgar otros grupos nacionales. Se comprende entonces que para el proletariado el Estado nacional burgués, instrumento de la opresión y la conquista imperialista, no es indispensable.

Los intereses del proletariado tienden al establecimiento de instituciones democráticas y de una educación popular que, dentro de lo posible en un régimen burgués, no estuvieran desnaturalizadas. El progreso político e intelectual de la clase obrera exige la libertad de expresión y de cultura (ciencias, letras, artes). El proletariado pretende que se reconozca la igualdad de su nacionalidad con respecto a las otras nacionalidades que conviven en el mismo Estado. Esto por principio democrático y también porque la violación de los derechos de un grupo étnico ofrece a la bur

deberá fortalecer el desarrollo capitalista. De todos modos, es un objetivo histórico de la burguesía y no nuestro el de ayudar al capital a extender su zona de influencia para aumentar sus ganancias. Nosotros no tenemos necesidad de sostener a los capitalistas; por el contrario, combatimos sus métodos de desarrollo basados en la explotación del proletariado. No debemos preocuparnos por saber cómo reemplazar los obreros por máquinas o cómo eliminar los artesanos en provecho de la gran industria. Nuestra finalidad en cuanto al desarrollo económico consiste en organizar y sostener al proletariado en su lucha de clases.» («Esta cuestión, agrega Kautsky, concierne aún más a los problemas políticos.») *Neue Zeit*, 1898-1899.

guesía de la nacionalidad oprimida un buen pretexto para ocultar los conflictos de clase.

Aquellos que imaginan «mejorar las relaciones entre las clases sociales» creen que es el Estado nacional moderno el que garantiza los derechos del ciudadano y el libre desarrollo de la cultura. Cualesquiera sean sus convicciones ideológicas, esta forma de gobierno—por razones diferentes a las de la burguesía—les parece absolutamente necesaria para el proletariado. Imaginar aquello que sería «mejor» para la clase obrera conduce a una evidencia atractiva: el socialismo sería la mejor solución de la dominación nacionalista. De todos modos, situándonos en la realidad, debemos encontrar los medios eficaces de resolver la cuestión nacional dentro de los marcos del régimen actual.

Este modo de pensar, antes citado, contiene, desde el punto de vista histórico, otro malentendido. Pensar que el Estado burgués constituye la mejor garantía del desarrollo nacional significa que se considera la noción de Estado como una *categoría abstracta*. La doctrina que toma al Estado nacional como modelo de libertad e independencia, no es otra cosa que un resto del liberalismo corrompido de los burgueses de la Europa occidental y central de la primera mitad del siglo XIX. La historia del capitalismo prueba que la verdad social del Estado moderno es mucho menos seductora de lo que parece. Los *slogans* sobre la libertad y la independencia nacional encubren una realidad política brutal: proteccionismo aduanero, militarismo, impuestos indirectos, guerras y conquistas imperialistas. Basta recordar este fundamento histórico-social de la ideología burguesa para comprender que la

actitud del proletariado con respecto a la cuestión nacional es esencialmente distinta.

El anarquismo, que refuta aparentemente los argumentos del liberalismo burgués, siempre ha exaltado la idea del Estado nacional ignorando su contenido histórico-social real. Bakunin, después de la primavera de los pueblos, escribe: «El primer signo de la revolución de 1848 ha sido su grito de odio contra la vieja opresión... Abajo los opresores, viva la fraternidad de los pueblos, coreado al unísono... Salud a los polacos, a los italianos, a todos los oprimidos. No más guerras imperialistas. Ahora nos falta ganar nuestra última batalla, la guerra santa de liberación de los pueblos. Abajo las fronteras artificiales, impuestas por la violencia de los déspotas y por una pretendida necesidad histórica, geográfica, comercial y estratégica. Nosotros luchamos por las fronteras conformes con la naturaleza, establecidas en nombre de la democracia y la justicia; las fronteras elegidas por los pueblos según su nacionalidad. Este es el grito de todas las naciones.»

Carlos Marx, en sus textos sobre la «independencia nacional» y la «voluntad de los pueblos», apunta: «Se quiere ignorar aquí la realidad, como si ella fuera una invención miserable de los déspotas y diplomáticos, contra la que se levantara una pretendida voluntad de los pueblos con el imperativo abstracto de la libertad absoluta. 'Justicia', 'humanidad', 'libertad'—en nombre de estos *slogans* se puede reivindicar eternamente esto o aquello...—. Una palabra más sobre la 'fraternidad internacional' y 'las fronteras elegidas por la voluntad de los pueblos según su nacionalidad'. ¿Por qué estalló la guerra de Texas, entre los

Estados Unidos y México, estas dos repúblicas hermanas que hubieran debido federarse desde mucho tiempo antes? ¿Por qué 'la voluntad del pueblo americano', apoyada en las carabinas de los soldados y siguiendo una necesidad geográfica, comercial y estratégica, hizo retroceder 'las fronteras, conformes con la naturaleza', algunos cientos de millas al sur?»

Responder a las preguntas irónicas de Marx es fácil. Contrariamente a lo que dicen los anarquistas cuando repiten la fraseología del liberalismo burgués, la política de los Estados nacionales no está determinada por la voluntad de los pueblos. Todos los Estados modernos, instrumentos del poder capitalista, manifiestan la misma tendencia a la guerra y a la conquista de los países vecinos, al colonialismo y a la opresión. Esta es la razón de los continuos y violentos conflictos entre los Estados nacionales; conflictos que pueden significar para cualquiera de ellos convertirse, de un día para otro, en un «Estado no nacional». Volvamos al ejemplo de Marx: ¿por qué estalló la guerra entre los Estados Unidos y Texas? California, que para un México subdesarrollado era una «simple provincia», representaba para el capitalismo norteamericano en plena expansión una mina de oro—en el sentido literal de la palabra—y una salida al Pacífico. Sólo después de haber conquistado California, la burguesía de los Estados Unidos pudo extender su poderío del este al oeste. «Estado nacional» y «voluntad de los pueblos», tan admirados por los anarquistas, sirvieron a la conquista capitalista.

Ya hemos hablado del carácter equívoco de la liberación de las viejas colonias españolas y portuguesas de América del Sur, a comienzos del siglo XIX. La

historia política de estos nuevos «Estados independientes» aporta otras pruebas de la ceguera de los anarquistas.

Brasil, inmediatamente después de haber ganado en 1824 una larga guerra de independencia contra Portugal, entró en lucha con Argentina, recientemente liberada del yugo español. Cada uno de estos «nuevos países nacionales» aspiraba a apoderarse de la provincia de la banda oriental, que, merced a la intervención militar de los países colonialistas europeos, constituiría más tarde una república con el nombre de Uruguay. Después, Francia y Gran Bretaña, ante el rechazo obstinado de la Argentina de reconocer la independencia de Paraguay y Uruguay, le dirigieron un ultimátum. Este conflicto provocó una guerra entre Argentina y Brasil, aliado de Paraguay y Uruguay. En 1856, Brasil, que salía victorioso de una nueva guerra contra la Argentina, empleó sus fuerzas militares para conquistar Uruguay. Pronto, para responder, Paraguay declaró la guerra a Brasil, quien esta vez se unió con Argentina y Uruguay (1865-1870). Después de su nueva victoria, Brasil se convirtió en la mayor potencia del continente sudamericano. Agreguemos que en este «país nacional» una minoría de agricultores blancos oprime a toda la población indígena. En 1871, el Parlamento, instrumento del poder, rechazó el proyecto de abolición de la esclavitud con indemnización de los agricultores sobre los fondos del Estado. En 1866 solamente se liberó a los esclavos mayores de sesenta años. Finalmente, en 1888, el partido real hizo votar la ley de abolición de la esclavitud. Ello provocó la caída de la dinastía. Los agricultores, reunidos en

torno a banderas republicanas, después de un *putsch* militar, declararon la República de Brasil en 1889 *.

Esta es la verdad sobre las relaciones políticas y sociales en América del Sur después de la creación, «por la voluntad de los pueblos», de nuevos Estados independientes. ¿Y en otras partes? Los Estados Unidos de Australia, inmediatamente después de haber dejado de ser colonia británica y formar una república federal—la que, según los anarquistas, constituye la forma de gobierno perfecta—, trasplantaron la célebre doctrina nacionalista norteamericana a un *slogan*: «Australia para los australianos», con el fin de encontrar un pretexto para invadir las Nuevas Hébridas y Nueva Guinea. En nuestros días, la marina de guerra australiana aporta nuevas pruebas en cuanto a la eficacia de dicha doctrina.

Recapitulemos: el desarrollo capitalista y los intereses de la burguesía necesitan la creación de un Estado nacional independiente, que más tarde se convierte en un instrumento de conquista imperialista. Los intereses del proletariado tienden únicamente a los objetivos *democráticos y culturales* del movimiento nacional, es decir, al establecimiento de instituciones políticas que garanticen, por medios pacíficos, el libre desarrollo de la cultura de todas las nacionalidades que conviven en el mismo Estado. La clase obrera reivindica firmemente la igualdad de derechos de todas las nacionalidades. El programa nacional de la

* La abolición de la esclavitud en este «estado de plantadores de café» es relativa. El año pasado, cuando la sobreproducción de café provocó una crisis internacional, los agricultores obligaron al Gobierno brasileño a comprar todos los *stocks*. Esto repercutió duramente en los salarios y en el nivel de vida de la población.

clase obrera es esencialmente distinto del nacionalismo de la burguesía.

La cuestión nacional polaca confirma nuestras observaciones generales.

Sin embargo, la *idea nacional polaca* se distingue por su carácter muy particular. Contrariamente a los movimientos nacionales de Europa occidental y central, el movimiento nacional polaco no surgió de la ideología burguesa en plena expansión capitalista. En Polonia se trata de una ideología de la nobleza que tiene sus raíces en el sistema feudal. Esta es la razón por la que la abolición de la *corvée* ²⁸ en 1863 terminó con los movimientos nacionales. La burguesía polaca, en su mayoría de origen extranjero (instalada a comienzos del siglo XIX), siempre se mostró hostil a la idea de la independencia nacional. Tanto más cuanto que en los años veinte y treinta del siglo XIX, la industria polaca se había orientado a la exportación antes que a la creación de un mercado interno *.

La burguesía del Reino, en vez de intentar la reunificación con la Galitzia y el Principado, buscó siempre apoyo en el este, pues la exportación masiva de textiles a Rusia constituía la base del crecimiento del capitalismo polaco. La supresión de las barreras aduaneras reforzó aún más estas tendencias pro rusas. La burguesía, que al ser derrotada la insurrección de 1863 había tomado realmente el poder en un país ocupado, renunció abiertamente a la lucha por la independencia nacional y presentó su programa, conocido con el

* Se encontrarán más precisiones sobre el tema en mis trabajos: *Die Industrielle Entwicklung Polens* (también traducido al ruso) y *La cuestión polaca y el Movimiento socialista* (*Kwestia polska i ruch socjalistyczny*), Cracovia, 1905.

nombre de «positivismo polaco». Las burguesías italiana y alemana debían su progreso a la creación de un Estado nacional independiente, mientras que la burguesía polaca sacaba provecho de la división y la ocupación del país. Estas condiciones muy particulares del desarrollo capitalista determinaron la evolución de la idea nacional polaca, la que—en vez de apoyarse, como en todos los demás casos, en el progreso—resultó una ideología históricamente atrasada. En Alemania, en Italia, en Estados Unidos, el movimiento del «renacimiento nacional» con su programa de libertades democráticas tomó un carácter revolucionario. En Polonia, la idea de la independencia nacional, al ser contradictoria con los intereses del capitalismo, tomó un carácter utópico, si no reaccionario. Se distinguen tres fases en la historia de la idea nacional polaca:

1. La bancarrota de la idea nacional debida al fracaso de la lucha armada de la nobleza. Aun los más ardientes defensores de las insurrecciones no pueden explicar su derrota por la superioridad militar del ejército ruso. La nobleza polaca sublevada era víctima del mismo interés capitalista en la obtención de un mercado para sus productos, hecho que, para volver a Kautsky, constituía el motor principal del movimiento nacional moderno en Europa occidental. En Polonia, el esfuerzo de la burguesía para asegurar el crecimiento industrial, mediante la colaboración con la Rusia zarista, paralizó el movimiento nacional. La idea del Estado nacional independiente—esencialmente burguesa, por otro lado—, disimulada en una subleva-

ción de la nobleza, sufrió en enero de 1863 una derrota definitiva.

2. La pequeña burguesía, que se convirtió en heredera de la idea nacional, transformó el programa de la lucha armada en ausentismo y reconoció abiertamente su fracaso. El nacionalismo polaco, después de haber vegetado entre 1880 y 1890—encarnado en algunos grandes polacos emigrados—, hizo su reaparición política cuando comenzó la lucha revolucionaria del pueblo ruso contra el zarismo.

El nuevo partido de la Democracia nacional, que inmediatamente se había fusionado a la contrarrevolución zarista, renunció públicamente a la idea de la independencia. Liberada de este «pesado fardo tradicional», la Democracia nacional se convirtió rápidamente en un partido político muy fuerte. La idea del «renacimiento polaco», en su «disfraz pequeño-burgués», sufrió una nueva derrota; la Democracia nacional propuso en su lugar, de acuerdo con los intereses del capitalismo polaco, un programa realista de libertades autonómicas.

3. La tentativa del P.P.S.—una tentativa única en la historia del movimiento obrero internacional—de integrar la idea del Estado nacional en el programa socialista también estaba destinada al fracaso. Después de doce años de esfuerzos inútiles, el P.P.S. renunció, a su vez, al postulado de la creación del Estado polaco independiente para unirse al movimiento revolucionario ruso. La Democracia nacional rechazó la idea de la independencia con el fin de colaborar con la reacción zarista. El P.P.S. tomó la misma decisión para participar en la lucha del proletariado ruso.

La posterior decadencia del P.P.S. puso en eviden-

cia la bancarrota de la idea nacional polaca en su «disfraz proletario». La revolución socialista—el fenómeno más extraordinario de los tiempos modernos—rechaza, como superada, la idea del Estado polaco independiente, al proponer la destrucción del orden establecido para construir una nueva sociedad.

De todos modos, el nacionalismo polaco no ha muerto. Después de haber renunciado a la idea utópica de crear un Estado independiente y propuesto un programa realista de libertades autonómicas, desempeña actualmente un rol político importante. Precisemos. El progreso capitalista, que provocó la dependencia polaca con respecto a Rusia y destruyó las esperanzas de independencia nacional, aceleró al mismo tiempo el desarrollo de las fuerzas revolucionarias. El proletariado polaco comprende perfectamente la necesidad de unirse a los obreros rusos en su lucha contra el zarismo. Es así que todas las tentativas para aislar artificialmente la sociedad polaca de la rusa son contrarias al progreso social. Abandonada la idea de la independencia, el nacionalismo polaco presenta ahora una «ideología de recambio» compuesta de vagos proyectos separatistas, que sirve de disfraz a los planes reaccionarios de la gran y pequeña burguesía y de la nobleza. La dialéctica de la historia se muestra mucho más flexible que las convicciones rígidas de ciertos políticos que especulan sobre la «voluntad de los pueblos». Esta «tradición nacional», que muchos revolucionarios rusos, alemanes y otros han asociado siempre con corrientes progresistas, llegó a ser en las condiciones político-sociales polacas la ideología de la contrarrevolución. La Democracia nacional, para poder elegir sus candidatos a la primera Duma, había

pedido la ayuda de los cosacos. El mismo partido dio la orden de tirar contra los obreros que querían participar en las reuniones electorales de Varsovia, Lodz y Pabianice. Dicho partido organizó los «sindicatos nacionales», destinados a boicotear la lucha económica y política del proletariado polaco. La Democracia nacional acometió contra las huelgas parciales y generales, con el pretexto de que ellas eran perjudiciales para el desarrollo de la industria y la riqueza del país. Después de la disolución de la Duma, el grupo de la Democracia nacional rechazó hacer una declaración común y abandonó a los parlamentarios rusos. El mismo partido organizó la asociación de las «Aguilas polacas», equipos armados cuyos fines eran romper las huelgas y masacrar a los socialistas. En nombre de la «idea nacional», M. Dmowski, jefe de la Democracia nacional, calificó a los socialistas de «enemigos de la sociedad» para justificar las «muertes nacionales» cometidas con su consentimiento. La burguesía polaca, que con la bandera de la Democracia nacional proclama ahora el «neopanenslavismo», sacrifica sobre el altar de la contrarrevolución su antiguo programa de libertades nacionales autonómicas. La idea nacional polaca, en sus comienzos simbolizada por un noble insurrecto cuyo heroísmo había despertado la admiración del mundo entero, se muere en las mentiras de los *houligans* nacionalistas, fieles servidores del absolutismo y del imperialismo zarista.

Los anarquistas siempre han exaltado la idea federalista. Bakunin, en su manifiesto de 1848, exclama: «La revolución ha proclamado la desaparición de los Estados despóticos..., de Austria..., de Turquía... y de Rusia, el último refugio del absolutismo. Nosotros queremos la federación de todas las repúblicas de Europa.» Los partidos socialistas de carácter pequeño-burgués presentan el federalismo como la mejor solución para los conflictos nacionales; así lo hace el partido social-revolucionario ruso; también el P.P.S., que en su período transitorio entre el renunciamento a la idea del Estado nacional y el abandono de toda ideología adoptó el proyecto de federación de Polonia y Rusia.

¿Por qué el federalismo goza de tal popularidad entre los socialistas anarquizantes y aquellos con quienes están relacionados? Su «imaginación revolucionaria» asocia fácilmente el federalismo con las nociones de «independencia», «igualdad» y «fraternidad». Si se admite que los pueblos no pueden aislarse en sus «Estados nacionales», ya que la historia ha relacionado sus destinos más allá de las fronteras, la idea federalista resulta, en relación con la idea del «Estado nacional», una opinión más avanzada. De todos modos, los pseudorrevolucionarios, que especulan sobre el porvenir, se ilusionan ingenuamente cuando dicen que el desarrollo económico, social, político y cultural de las naciones conducirá espontáneamen-

te al republicanismo; también cuando sostienen que «la voluntad de los pueblos», después de haber eliminado las últimas secuelas monárquicas, logrará la independencia de todas las naciones y que el sistema capitalista cederá su lugar, de la mañana a la noche, a una unión libre de repúblicas federadas. Estos propósitos utópicos permitieron a Bakunin justificar con algunos *slogans* sobre la «federación de los pueblos eslavos» los intentos zaristas de invadir los Balcanes. El P.P.S., que anteriormente había adoptado la idea del Estado nacional y no respondió a la invitación de los socialistas rusos sobre la conducción conjunta de la lucha revolucionaria, cuando la revolución de 1906 debió aceptar forzosamente que el crecimiento capitalista había ligado estrechamente a Polonia con Rusia. En 1908, el Octavo Congreso del P.P.S. presentó el programa de federación de ambos países. La actitud de la socialdemocracia con respecto a la cuestión nacional polaca es muy distinta. Contrariamente al P.P.S., la socialdemocracia no cede a la coyuntura política del momento, sino que mediante un análisis científico del capitalismo constata simplemente que el proceso histórico impone al proletariado polaco y ruso la necesidad de unirse en su lucha contra el zarismo. Paradójicamente, el P.P.S., que unos años antes había defendido vigorosamente la idea de la independencia nacional, propone ahora, sin consultar la opinión pública polaca, una unión federal de los dos Estados.

La «idea federalista», del mismo modo que la del Estado nacional, encubre un contenido histórico-social preciso, cuyo papel debemos analizar.

El capitalismo de todos los países tiende inexorablemente a la centralización económica, legislativa, administrativa, fiscal, monetaria, militar, etc. La época feudal se había caracterizado por la dispersión de todas las formas del Estado y la disminución de los contactos entre las regiones. Cada ciudad importante que se abastecía económicamente tenía su poder legislativo, ejecutivo y judicial y también su ejército. Algunas ciudades occidentales poderosas conducían sus propias guerras y firmaban tratados con países extranjeros. Todo dominio señorial constituía un pequeño Estado independiente. «El gran Estado», como un tablero de ajedrez, estaba cuadriculado por las barreras legislativas y aduaneras entre las regiones.

La dispersión política, consecuencia de la economía autárquica, permitía la transferencia (por compra, canje, casamiento dinástico o sucesión) de territorios, a veces de países enteros, de un Estado a otro.

El rápido crecimiento de la producción mercantil, la nueva política financiera, el desarrollo del comercio internacional y la aparición del ejército moderno reforzaron el poder de los príncipes. El absolutismo naciente instauró un aparato de Estado centralizado. Los siglos XVI y XVII fueron el escenario de un conflicto permanente entre el movimiento de centralización y las secuelas del particularismo feudal. El absolutismo acumuló progresivamente las funciones y atribuciones de las asambleas regionales y los consejos municipales con el objeto de crear un Gobierno central y los nuevos Códigos civil, penal y comercial. El despotismo ilustrado, que triunfó en la Europa del

siglo XVIII, cederá más tarde su lugar a un despotismo burocrático-policia.

Como el absolutismo tuvo por principal objetivo la centralización burguesa, se tiende a confundirlo frecuentemente con la reacción. En realidad, el absolutismo, que en relación con la dispersión y el particularismo feudales fue una forma de gobierno progresista, permitió a la burguesía tomar el poder al construir el Estado moderno sobre las ruinas del feudalismo. Después de la decadencia del absolutismo, la burguesía, «convertida en la clase dirigente», no renunció a sus objetivos. El actual régimen francés es el resultado de un largo proceso de centralización, que acelerado por la Gran Revolución ejerció su influencia en otros países. En 1879, los cantones helvéticos, hasta entonces apenas federados, se pronunciaron rápidamente por una unión más estrecha. En Alemania, la primera medida de la revolución de marzo fue destruir los *Mauthäusers*²⁹, verdaderos símbolos del particularismo medieval.

Hasta nuestros días, el régimen capitalista sigue eliminando los últimos vestigios de dispersión feudal. La industria y el comercio, destinados a cubrir grandes mercados, exigen la centralización de todas las formas del gobierno, si no a nivel internacional, al menos en el interior de cada Estado. La burguesía, al suprimir la autonomía aduanera y fiscal de las distintas regiones y ciudades, establece un aparato de Estado con un poder legislativo, ejecutivo y judicial central. El Estado moderno trata también de instaurar una educación general y de normalizar sus relaciones con la Iglesia. La centralización, sucesiva y proporcional al desarrollo capitalista, «pasa las fronteras»; el correo,

el telégrafo y los ferrocarriles están sometidos a una legislación internacional.

La *centralización* capitalista constituye el fundamento o, al menos, uno de los elementos esenciales del sistema futuro, ya que sólo la concentración de los medios de producción y comunicación permite establecer una economía socialista planificada a escala mundial. Al mismo tiempo, las grandes concentraciones urbanas son las que permiten al proletariado organizarse y llegar a ser una fuerza revolucionaria capaz de tomar el poder y de instalar la dictadura del proletariado.

Los «pseudosocialistas», que consideran el desarrollo de la economía capitalista (industria, explotación, crisis, pauperización) como la única base de la lucha obrera, olvidan que es el gran *Estado moderno*, con todas sus instituciones democráticas centralizadas, el que hace posibles la lucha y la victoria final del proletariado. Nosotros no combatimos para instalar la dictadura del proletariado en un pueblo, sino para construir el socialismo en el mundo entero.

El movimiento socialista contemporáneo, fruto del crecimiento capitalista, tiene el mismo carácter centralizador que la sociedad y el Estado burgués. La socialdemocracia de todos los países se opone firmemente al federalismo y al particularismo, últimos vestigios del régimen feudal en Alemania. Las aspiraciones separatistas de prusianos y bávaros sirven siempre para disimular los planes reaccionarios de la burguesía y la nobleza. Esta es la razón por la que la socialdemocracia alemana combate enérgicamente las tentativas bávaras de restablecer una legislación independiente de los ferrocarriles en Baviera, Wurtem-

berg y Baden. La socialdemocracia denuncia el chauvinismo de la burguesía francesa de Alsacia y Lorena, que niega su relación política y cultural con el *Reich*. El desarrollo capitalista tiende a suprimir el sistema federal con objeto de construir un gran Estado moderno; la burguesía prefiere renunciar a un territorio que no pueda integrar a su Estado.

Encontraremos ejemplos de ello en la historia de la Unión Helvética, de los Estados Unidos, del *Reich* y del Imperio austro-húngaro.

3

La Restauración abolió la primera Constitución, que instauraba la unidad helvética, concebida bajo los auspicios de la Gran Revolución. La reacción triunfante estableció, con el patrocinio activo de la Santa Alianza, «una asociación libre de cantones» y reforzó con ello el poder de la aristocracia y de la Iglesia católica. Un nuevo movimiento de centralización democrática, suscitado por la Revolución de julio y de marzo, se enfrentó a una oposición reaccionaria particularista y federalista. La Constitución helvética de 1848 se obtuvo después de prolongados combates librados por los demócratas con la *Sonderbund*, federación de siete partidos que se habían sublevado para defender sus intereses separatistas contra un pretendido «despotismo protestante» (el cierre de los conventos por los partidos radical-demócratas sirvió de pretexto a este levantamiento). En ese momento, toda la Europa progresista aclamó fervorosamente a la Unión Helvé-

tica, que debió, por su parte, recurrir a la «violencia» para neutralizar a los separatistas, apoyados por el absolutismo alemán.

*Im Hochland fiel der erste Schuss
Im Hochland wieder die Plaffen*³⁰.

Frelligrat, el bardo de la *Nueva Gazeta Renana*, exaltaba la victoria de la Unión Helvética, considerándola el presagio de la Revolución de maíz.

El desarrollo industrial y comercial, así como el de las relaciones económicas internacionales (ferrocarriles, telégrafo, etc.), aceleró el movimiento de centralización. La revisión de la Constitución de 1874 aumentó las atribuciones del poder legislativo, ejecutivo y judicial central. La vida política de la Unión Helvética, simultánea y proporcionalmente al desarrollo capitalista, se concentró cada vez más en torno del *Bundsrat* (Parlamento) y del *Nationalrat* (Gabinete), surgidos de las elecciones generales, en perjuicio del *Städtenrat**, órgano representativo de los cantones. Paralelamente, se observó en el interior de los partidos, cada uno de los cuales tenía hasta entonces su jurisprudencia particular, una tendencia creciente a la unificación legislativa. El proyecto de un nuevo Código civil y penal común a toda la Unión Helvética ya había sido elaborado; algunos párrafos ratificados y establecidos como obligatorios. Estos dos movimientos de centralización: uno a nivel de la Unión, otro en el interior de los partidos, se enfrentan constante-

mente a la oposición reaccionaria de la pequeña burguesía de la Suiza francesa, que con el pretexto de una «lucha nacional» contra las influencias alemanas defiende su particularismo, ya superado.

Sin embargo, en estos partidos suizo-franceses, en los que la pequeña burguesía, en nombre de la «independencia federalista», rechaza la centralización, los consejos comunales tienen prerrogativas muy restringidas, mientras que en los partidos alemanes, tendentes a la centralización, los mismos consejos son un verdadero instrumento de poder popular. El centralismo en Suiza, como en todos lados, por otra parte, tanto a nivel regional como a nivel de Estado, significa la democracia y el progreso, mientras que el federalismo y el particularismo son los pilares de la reacción.

En la historia de los Estados Unidos se advierten los mismos fenómenos. La Revolución permitió la primera reunión de las antiguas colonias inglesas. Luego el proceso de centralización no se detuvo más. «La federación voluntaria de los pueblos», en los Estados Unidos como en Suiza, está considerada—contrariamente a las ilusiones anarquistas—como la forma de gobierno más atrasada.

La primera Constitución de los Estados Unidos, elaborada en 1771-1787, estableció el derecho de las colonias «a disponer de ellas mismas». Como no poseía todavía un poder ejecutivo central, la Unión no pudo impedir al día siguiente de su nacimiento las guerras aduaneras fratricidas que estallaron entre los estados de Nueva York y Nueva Jersey, así como entre Virginia y Maryland. El levantamiento de los colonos de Massachusetts «hizo soñar» a la gran burguesía americana con un poder central, que garantizara el «orden

* La población era profundamente hostil a este «Consejo de estados», al que llamaba «Consejo de los blandos». La realidad histórica volvió inútil este órgano federalista.

interior» para permitir al capital la libertad de circulación y explotación.

La Constitución de 1787 reemplazó la federación por una unión de estados, dotada de un poder legislativo y ejecutivo centralizado. Para llegar a esto, el movimiento de centralización luchó durante mucho tiempo contra las tentativas separatistas. Durante la guerra de Secesión, los estados industrializados del Norte lucharon por imponer los derechos cívicos y las instituciones democráticas en todo el continente americano, contra los hacendados sudistas, esclavistas, partidarios del federalismo y del particularismo. La abolición de la esclavitud, victoria del centralismo capitalista, fue aclamada por todas las fuerzas progresistas de Europa. La nueva Constitución de los Estados Unidos fue también modificada en función del centralismo. El desarrollo capitalista hizo el resto (ferrocarriles, comercio internacional, *trusts*, colonialismo, reorganización militar y fiscal, proteccionismo aduanero). Hoy, el poder ejecutivo en los Estados Unidos tiene un carácter más centralizador que en la mayoría de las monarquías occidentales europeas. En Suiza, el refuerzo del centralismo en detrimento del federalismo se mantiene mediante modificaciones progresivas de la Constitución. En los Estados Unidos son los órganos de justicia quienes interpretan «libremente» las leyes a fin de consolidar el poder central.

La historia de Austria moderna es también la de un conflicto permanente entre la centralización y el federalismo. Durante la Revolución de 1848, los liberales alemanes combatían a los partidos pan-eslavistas reaccionarios, admiradores de Bakunin, partidarios de la «autonomía de los pueblos». Marx escribe a propó-

sito del papel desempeñado por los federalistas eslavos en la Revolución de 1848: «Los diputados checos, moravos, dálmatas y ciertos aristócratas polacos de la Asamblea constitucional de Viena se complacen en complotar con el gobierno reaccionario contra los alemanes y los polacos progresistas. Oportunamente darán cuenta de ello. Cuando, en un primer momento, ganaron una gran mayoría en la Asamblea fueron echados a 'golpes de machete' y en caso de resistencia amenazados con la prisión. El centralismo austríaco es ahora profundamente hostil a todo movimiento nacional eslavo»*. Marx escribió esto después de la derrota de la revolución y el fin de la primera fase constitucional.

En ningún lado resulta tan evidente como en Austria el error anarquista de considerar «revolucionario» el federalismo. La centralización política progresaba lentamente: la extensión del derecho de voto al Parlamento vienés era el principal factor de la democratización del Imperio de los Habsburgo. En 1860 se creó un nuevo poder legislativo con atribuciones todavía muy restringidas: los diputados no eran elegidos por sufragio universal, sino designados por los Parlamentos de los países miembros de la Corona. En consecuencia, el movimiento nacional checo obligó al gobierno de los Habsburgo a ampliar el derecho de voto. Por fin, el establecimiento reciente del sufragio universal terminó con los intentos separatistas y consolidó el poder austríaco central. La Galitzia desempeñó allí un papel muy curioso. La nobleza polaca, después de la primera sesión del Consejo de Estado vienés

* *Revolución y contrarrevolución, 1848-1880.*

(Parlamento Central) y de la Asamblea galitziana en abril de 1861, pretextó la defensa de la «autonomía nacional» y del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos», mostrándose abiertamente hostil a las reformas liberales del gabinete Schmerling.

Esta política, definida en el programa del grupo Stanczyk (Tarnowski, Popiel, Wodzicki, Kozmian), desembocó el 28 de diciembre de 1868 en la célebre declaración sobre la independencia administrativa y jurídica de Galitzia. Ciertos políticos, ignorantes del carácter hipócrita del nacionalismo polaco, veían en este programa «federalista» un esbozo de lucha nacional. Sin embargo, el grupo Stanczyk mostró su servilismo respecto de los Habsburgo: «Sin temor de traicionar nuestro proyecto nacional, creemos profundamente en la misión histórica de Austria—se lee en la nueva declaración de los Stanczyk del 10 de diciembre de 1866—. Seguimos a Vuestra Majestad en cuerpo y alma.» La nobleza galitziana, reunida en torno a la revista polaca (*Przegląd Polski*) de Cracovia emprendió una campaña contra las «ilusiones criminales» de los insurrectos polacos de enero de 1863. Los reaccionarios de Cracovia, con la excusa de un «trabajo positivista», se separaron cínicamente de los polacos del reino, sublevados contra el zarismo. El separatismo, encarnado en el grupo Stanczyk, rechazó abiertamente toda idea de independencia nacional.

El grupo Stanczyk, aliado con los federalistas checos y moravosy con el partido clerical alemán, se oponía obstinadamente a todas las reformas liberales en el Imperio austríaco (elecciones por sufragio universal, educación popular, etc.) y apoyaba al Gobierno central de Viena en sus tentativas reaccionarias (ley

militar de Taaffé, etc.). Los Stanczyk se levantaron contra el proyecto de reforma democrática del derecho electoral en Galitzia. Paradójicamente, los separatistas polacos, defensores de la descentralización respecto de Austria, manifiestan «cierto deseo» de centralización respecto de los rutenos. La nobleza galitziana se ha opuesto siempre al deseo de una autonomía administrativa y cultural rutena. El grupo Stanczyk, derrotado totalmente en 1873 con el establecimiento de la ley sobre el sufragio universal en el Imperio de los Habsburgo, se sometió dócilmente al Gobierno austríaco central. No obstante, no dejó de manifestar jamás sus «ideas separatistas» cada vez que se trató de impedir al Parlamento vienés el voto de una reforma democrática. Y fue contra la ley del sufragio universal cuando los separatistas polacos presentaron por última vez su programa de «autonomía de Galitzia». En abril de 1906, los diputados de la socialdemocracia austríaca denunciaron la proposición galitziana como profundamente reaccionaria. M. Ignacy Dasznski, miembro de la socialdemocracia y líder del P.P.S. de las «tres divisas», se pronunció igualmente contra la «autonomía de Galicia». La socialdemocracia austríaca combate enérgicamente todos los intentos separatistas y defiende el centralismo del Estado, como garantía de las libertades democráticas.

«El futuro de Austria—escribe Kautsky—depende del vigor con que la socialdemocracia, en tanto partido revolucionario, luche por la unidad del Estado.» Por extravagante que parezca, podemos atribuir fácilmente a la socialdemocracia roja las palabras lanzadas hace cincuenta años por Grillparzer al general reac-

cionario Radecki: *Inn Deiden Lager ist Oosterreich!* (¡Austria está en tu campo!) *.

La socialdemocracia se opone igualmente al separatismo checo. «La idea de un Estado checo—dice Kautsky—*demuestra el renacimiento de la reacción en todos los países del continente...*» El proyecto de ley separatista, que no suprime ni el Parlamento central ni la dependencia aduanera, militar, etc., frente a Austria, no restituye su país a los checos. Por el contrario, la autonomía checa provocaría inevitablemente un debilitamiento de la autoridad, ya restringida, del Parlamento central frente a las asambleas de los países miembros del Imperio y también frente al Gobierno vienés. El Consejo de Estado (el Parlamento central de Austria) se vería entonces obligado a someterse completamente a las decisiones del Gobierno, que dispondría de un poder militar, fiscal y aduanero ilimitado. (Para comprender lo absurdo del proyecto separatista checo basta recordar el papel miserable desempeñado por las «delegaciones» elegidas por los Parlamentos de Viena y de Pest, respectivamente, y encargadas de establecer «los acuerdos austro-húngaros», es decir, el monto de las sumas destinadas por cada uno de estos dos países e inversiones de importancia secundaria, etc.) La autonomía checa hubiera reforzado la influencia del clericalismo alemán en los países alpinos y fortalecido a la nobleza galitziana y a los capitalistas de Bohemia. Mientras estas tres capas sociales, cuyos intereses son a menudo divergentes, están obligadas a dividirse el poder en el Parlamento central, no pueden llegar a ser

verdaderamente reaccionarias. Su autoridad aumenta en la medida que la consolidan en sus países de origen. Los clericales de Innsbrück y de Linz, la nobleza polaca de Cracovia y de Lwow, los conservadores de Praga, son más fuertes cada uno en su país que todos juntos en Viena. *La reacción, en Austria lo mismo que en Alemania, extrae sus fuerzas del debilitamiento del Parlamento central. Apoyar el particularismo significa ayudar a la reacción. Debemos combatir todo movimiento político que tienda a debilitar el poder central.* Y Kautsky termina su análisis del federalismo: «Nos oponemos al proyecto reaccionario de la autonomía checa, que puesto en práctica conduciría al desgarramiento del proletariado de Austria. *El camino del capitalismo hacia el socialismo no pasa por el regreso al feudalismo.* El programa de la autonomía hecha es tan ajeno a la liberación de los pueblos como el de la lucha contra el capital judío, que encubre en realidad propósitos antisemitas» *.

En toda Europa, el federalismo y el particularismo amparan tendencias monárquicas. La unidad del *Reich*, que se apoya en la ley del sufragio universal para el Parlamento central, es constantemente cuestionada por las constituciones reaccionarias separatistas de los pequeños estados alemanes. Ya Bismarck se burlaba del derecho de voto «arcaico» del Mecklenburg. El ejemplo de la ciudad de Hamburgo prueba que el centralismo está siempre ligado a la democracia, y el particularismo, a la reacción. Hamburgo, que comprende tres regiones electorales, está representada en el

* *Neue Zeit*, 1897-1898 tomo I, pág. 564.

* *Neue Zeit*, 1898-1899, tomo I, págs. 293, 296, 297, 301.

Parlamento central únicamente por los diputados socialdemócratas elegidos por sufragio universal. Al mismo tiempo, el «Estado independiente» de la ciudad de Hamburgo acaba de establecer su «propia ley» reaccionaria de voto con objeto de impedir a la clase obrera elegir los socialdemócratas al Parlamento del *Reich*. ¿Y entonces? La federación de Hungría y Austria—contrariamente a lo que se cree—se conserva únicamente para proteger los intereses dinásticos de los Habsburgo. Esta federación frena el movimiento de centralización democrática del Estado y la socialdemocracia ya se ha pronunciado por la separación definitiva de Austria y Hungría. En cambio, la socialdemocracia se opone firmemente a todas las tendencias separatistas de Galitzia y Bohemia, de Trieste y de Trident, etc. El Parlamento central vienés, cuyos miembros son elegidos por sufragio universal, ha llegado a ser la institución más democrática de Austria, en tanto los Parlamentos autónomos (galitziano, checo y el de la Baja Austria) son los bastiones de la reacción.

La reciente separación de Noruega y Suecia fue aclamada por la prensa socialpatriótica polaca (*Ade-lante—Naprzod—*, de Cracovia) como una victoria del movimiento democrático de la independencia. ¡Qué error! Los noruegos expulsaron de Oslo al rey de Suecia e inmediatamente después rechazaron por sufragio popular el proyecto de establecimiento de un Gobierno republicano para elegir simplemente... el rey de Noruega. Los campesinos y la pequeña burguesía reemplazaron de este modo por un «rey nacional» a aquel que Suecia les había impuesto. Lo cual no im-

pide que la federación de estos dos países se haya fundado únicamente en los intereses de la dinastía sueca.

4

Muchos grupos socialistas rusos discuten la idea federalista, preconizada hace sesenta años por Bakunin y otros anarquistas como la mejor salida para los conflictos nacionales. Para conocer la actitud de estos grupos pseudorrevolucionarios respecto del proletariado es necesario analizar los documentos de su reciente Congreso *.

Este Congreso reunió a los federalistas georgianos, bielorrusos, armenios, judíos, polacos y rusos. El delegado del partido socialfederalista georgiano, que actúa en las regiones rurales (Tiflis, Kutai, Batum) y recluta sus miembros entre los campesinos y la pequeña nobleza, decía: «El pueblo georgiano, que aspira a liberarse de todo centralismo absolutista, constitucional o socialdemócrata, busca apoyo en la pequeña nobleza, cuya manera de vivir no es diferente de la de los campesinos. He ahí la razón por la que nuestro partido acaba de decidir que 'independientemente de nuestros principios ideológicos', las condiciones específicas de la producción agrícola georgiana nos obligan a considerar la cuestión agraria como una cuestión nacional. Los federalistas georgianos están plenamente de acuerdo con los socialrevolucio-

* Comunicaciones de la Conferencia de partidos nacional-socialistas rusos, del 16 al 20 de abril de 1907, San Petersburgo. «Knigozdatielstwo».

narios rusos en pedir 'la socialización' de la tierra aun antes del establecimiento del régimen capitalista.» Mientras un complemento de este programa precisa que la «socialización» no alcanzaría a determinados cultivos, frutícola y vitivinícola, que requieren cuidados y fondos considerables y con los que no se «podría satisfacer al campesinado». ¡Serían, pues, «socializados» solamente los cultivos del trigo, que en Georgia son raros, lo mismo que las tierras estériles, las dunas, los pantanos y los bosques!

Estos señores socialfederalistas se oponen vigorosamente a que la cuestión georgiana sea tratada por el Parlamento central o por el constituyente, pues «es la vida quien decidirá por sí misma», tanto más cuanto que «la tierra georgiana debe pertenecer a la nación». A la pregunta: «¿Por qué los representantes de la pequeña nobleza y de la pequeña burguesía se adhieren masivamente al partido socialfederalista georgiano?», se nos responde «que no hay otro grupo político capaz de interpretar los objetivos de estas capas sociales».

La Federación Revolucionaria Armenia, fundada en el año 1890, se dedicaba, en principio, a «armar al pueblo» para combatir a los opresores turcos. Este partido, a comienzos de nuestro siglo, extendió su actividad a todo el Cáucaso. En 1903, la confiscación de los bienes del clero reavivó el terrorismo. En la misma época, la Federación, paralelamente a su «actividad militar», emprendió la «lucha social» contra el zarismo. Su programa agrario reivindica la nacionalización de las tierras sin indemnización de la nobleza. Las tierras nacionalizadas serían devueltas a las comunas, que procederían a su división entre los campesinos.

En nuestros días, «los jóvenes turcos» de la Federación Revolucionaria Armenia reprochan a su propio partido su carácter pequeño-burgués nacionalista, que hace suyo el principio del federalismo de Estado, de las regiones, en todos los niveles.

El programa del partido revolucionario bielorruso, conocido con el nombre de *Hromada*, estuvo en principio orientado hacia la separación de Rusia y la nacionalización de las tierras. Después de 1906 postula el establecimiento de la República bielorrusa confederada a Rusia (autonomía territorial de Lituania, un Parlamento para Vilna, una autonomía «no territorial» para todas las minorías nacionales que habitan en el país). Las tierras imperiales, señoriales y del clero serían confiscadas para ser divididas entre los campesinos pobres. La división se haría según el principio de la herencia, con el fin de garantizar la continuidad del desarrollo agrícola y de impedir la pauperización. Como el bajo nivel intelectual del campesino bielorruso no permite todavía encarar la nacionalización de las tierras, el partido tiene como objetivo principal la consolidación de una propiedad agrícola familiar. Serían nacionalizados: los bosques, las aguas, los pantanos. La *Hromada* extiende su actividad entre los siete millones de campesinos de las provincias de Vilna, Minsk, Grodno y Witebsk.

«La Hoz», grupo federalista judío organizado hace algunos años por los disidentes del partido revolucionario ruso, reivindica una autonomía «no territorial» para todas las minorías nacionales del Imperio con la finalidad de crear las condiciones de una «autonomía territorial judía». «La Hoz», que actúa entre los obreros judíos de Witebsk, Jekatierinoslaw, Kiew, etc., es-

pera la victoria de otros partidos socialistas para poner en práctica su programa.

No hablamos aquí ni del P.P.S.—fracción revolucionaria—ni del partido socialrevolucionario ruso, otros participantes del Congreso, que ya conocemos.

He aquí la imagen de este «Parlamento de los federalistas» con una ideología superada, que el proletariado rechazó después de un tiempo. Estos partidos, aunque originados en la convulsión de la revolución proletaria, representan (salvo los P.P.S.—fracción revolucionaria—y los federalistas judíos) los intereses campesinos, que se oponen a los objetivos de la clase obrera. Paradójicamente, es el viejo partido terrorista ruso quien parece tener las ideas sociales más avanzadas. Los otros, que centran su programa agrario en la consolidación de la pequeña propiedad privada y preconizan la «socialización» de las tierras yermas, de los pantanos y los bosques, son totalmente ajenos al movimiento obrero.

Todos estos grupos proclaman el federalismo como la base política de la unión de Estados y de la organización interna de los partidos. Así, pues, su «armonía ideológica» resulta puramente imaginaria. Los federalistas judíos, que se quejan de la «voluntad de las naciones que tienen patria», reprochan a los socialpatriotas polacos su oposición al proyecto de «autonomía no territorial». Al mismo tiempo solicitan que se los «deje entrar» en Georgia. Los federalistas rusos acusan a los federalistas judíos de aprovechar su «situación particular» para imponer a todas las nacionalidades una «autonomía no territorial». Los federalistas armenios y georgianos del Cáucaso no se ponen de acuerdo sobre las relaciones de sus nacionalida-

des en el marco de su futuro Estado federado. Los primeros querían, por ejemplo, excluir la ciudad de Tiflis, ya que la mayoría de sus habitantes es de origen armenio, del Estado autónomo georgiano. Sin embargo, los federalistas georgianos y armenios coinciden, después de la reciente masacre tártaro-armenia, en separar de su «república autónoma» a los tártaros, «nacionalidad atrasada».

Todos estos federalistas, grupos que sustentan la «teoría federalista», entran inmediatamente en conflicto cuando se trata de aplicarla. El federalismo provoca conflictos nacionales, en lugar de resolverlos por su rechazo o considerar *la realidad histórica objetiva*.

El federalismo se muestra, pues, impotente para superar los antagonismos entre las minorías. Su insuficiencia teórica es también evidentísima. El Congreso de San Petersburgo debía llevar un juicio a propósito de la cuestión nacional, juicio que no «sería tergiversado» por los dogmas marxistas. Un representante del partido socialrevolucionario ruso, en su discurso inaugural, citó un versículo de la Biblia para demostrar que son las diferencias lingüísticas las que provocan las guerras y toda clase de conflictos entre las naciones. He aquí extractos del memorial georgiano leído al final del Congreso:

«En la era prehistórica, cuando la caza era la única ocupación del hombre, no había ni amos ni esclavos. Más tarde, con el desarrollo de la economía autárquica, los hombres comenzaron a matarse entre sí y a aprovechar el trabajo de los otros. ¿Por qué nació la esclavitud? Eso pertenece a la naturaleza humana, esencialmente guerrera. Aún hoy, que el hombre ha

llegado a ser un animal industrial, está siempre próximo a devorar a su prójimo. Evidentemente, existen otros factores de la lucha de clases, como, por ejemplo, la inclinación del hombre a apropiarse de los bienes de otro. Sin embargo, si el hombre no fuera naturalmente guerrero, no hubiera existido la esclavitud.»

Más adelante podemos leer la descripción del destino trágico de las naciones oprimidas por el zarismo: «El poder burocrático siembra el terror no sólo en las provincias lejanas, sino también en el corazón de Rusia. Esto no es nada nuevo. Una nación que oprime a las otras cae ella misma en su propia trampa. Mientras Roma extendía su poderío militar, los plebeyos perdían su libertad. Las victorias del ejército republicano durante la Gran Revolución contribuyeron a aniquilar la República. Los rusos antes de tener su gran Estado eran más independientes... La conquista está en el comienzo de la esclavitud y de todas las formas de opresión social. Las guerras matan la libertad.»

Los federalistas retoman las ilusiones de «justicia» y de «fraternidad» de Bakunin en su programa nacional. El padre del anarquismo no ha comprendido nunca el contenido de la Revolución de 1848. «Los últimos mohicanos» del federalismo ruso se muestran impotentes frente a la revolución socialista.

La idea federalista sirve hoy como excusa al nacionalismo pequeño-burgués para frenar la lucha obrera, fundada en la unión de todas las naciones.